

ESTENIO HORMAECHE (1892-1964)

Ciro A. Peluffo

Evocar la figura de Estenio Hormaeche es evocar mis recuerdos de hace casi setenta años. Conocí inicialmente a Hormaeche como profesor de Bacteriología cuando cursaba mi tercer año de Medicina, pero mi primer contacto personal con él ocurrió un enero de 1932 cuando, por primera vez, entré al entonces Instituto de Higiene Experimental, en la vieja casona de Sarandí y Maciel, que fuera la sede original de la Facultad de Medicina. Vinculación ésta que, estrechándose con el tiempo, perduró hasta el último día de su vida, el 30 de setiembre de 1964, habiendo cumplido sus 72 años de edad.

Nacido en 1892 y doctorado en Medicina en diciembre de 1919, cumplidos sus 27 años, obtuvo por su escolaridad una beca de estudios en Europa. Fue esta experiencia, y especialmente su estadía en el Instituto Robert Koch de Berlín, la que marcó en forma indeleble su futura carrera científica. Uno de los testigos de esa influencia fue el busto en cerámica de Koch que ocupó siempre un lugar de preferencia en su laboratorio y que tuve la fortuna de heredar.

La Bacteriología fue la cenicienta de las materias básicas de la carrera de Medicina, ya que desde 1877 en que se enseñaba como cola del conglomerado constituido por Medicina Legal, Higiene y Parasitología, no es hasta 1922 que adquiere vida independiente, la última en hacerlo, al separarla de la Higiene.

Hormaeche fue designado en 1924 como su primer titular, y ocupó la Cátedra hasta su cese, en 1957, por límite de edad, luego de 33 años de actuación, lo que configura sin duda un hecho excepcional. En 1959 el Consejo de la Facultad de Medicina lo designó Profesor Emérito.

En 1919, apenas recibido, Hormaeche ingresó al Instituto de Higiene Experimental en el cargo de Ayudante y posteriormente, al aprobarse la Ley de Reorganización del Instituto el 20 de octubre de 1925, impulsada por su Director de entonces Arnoldo Berta, pasó a ocupar el cargo de Jefe de la Sección de Bacteriología, cargo que desempeñó hasta ser designado Director del Instituto en 1946.

Debió abandonar entonces parcialmente sus actividades de investigación para dedicar todas sus energías, experiencia y capacidad de organización a la muy necesaria modernización del Instituto. Es mucho lo que éste le debe a su espíritu renovador, no sólo en cuanto a la actualización del obsoleto equipamiento sino también en los aspectos edilicios y administrativos.

Muchas generaciones de estudiantes pasaron por su Cátedra, en la que hizo gala de sus magníficos dotes docentes, pero más que en esa actividad, como maestro, Hormaeche fue excelso por la Escuela que creó y por los discípulos que allí se formaron: Surraco, Tosj, Galiana, Aleppo, Assandri, Sara Ballardini, Violeta Ricaud de Pereira, y muchos otros que surgieron de esa Escuela y ocuparon posteriormente cargos de responsabilidad en el área microbiológica de nuestro país.

No sólo transmitió su saber sino que demostró con el ejemplo una virtud, poco frecuente en la época, cual es la generosidad del investigador, abriendo su laboratorio a cuantos desearon aprender. Es así que cerca de un centenar de microbiólogos de toda Latinoamérica se informaron, iniciaron o completaron su formación científica en la Sección Bacteriología del Instituto de Higiene. Basta mencionar sólo alguno de los que posteriormente ocuparon las más altas posiciones en la docencia, investigación o administración microbiológica de sus respectivos países: Luis Verna, José Monteverde, Santos Soriano, Osvaldo Peso, Félix Ramacciotti, Domingo Giménez, Iris Perachia, de Argentina; Luiz Trabulsi, Elio Pereira, Carlos da Silva Lacaz, Italo Suassuna, Augusto de E. Taunay, Gil Pessoa, Homero Jobim, de Brasil; Carlos Garcés, Manuel Rodríguez Leiva, Hugo Vaccaro, Graciela Leyton, de Chile; Arquímedes Canese, Flora Burgstaller, Julio Mayor, de Paraguay; Oscar Gradós, Héctor Colichón, Fernando Quevedo, Heman Miranda, Wilfredo Gardini de Perú; Clodoveo Alcivar, Luis Narváez, de Ecuador; Gerardo Varela, L.F. Bojalil, de México; J. Briceño Iragorri, Josefina Gómez Ruiz, de Venezuela; Enrique de la Cruz y R. Bolaños, de Costa Rica, así como muchos otros de Colombia, Panamá, Cuba, Puerto Rico y República Dominicana.

No es exagerado afirmar que la mayoría, si no todos, los enterobacteriólogos

latinoamericanos que actuaron en las siguientes décadas fueron formados en nuestro país.

Hormaeche fue un Maestro en la más amplia acepción del término:

- Enseñó la fecundidad del trabajo desarrollado con un equipo multidisciplinario de investigación, siendo un pionero en esa modalidad de organización.

- Enseñó qué método y laboriosidad son ingredientes indispensables para el éxito en toda investigación científica.

- Enseñó qué otro atributo básico del éxito es la constancia en el seguimiento de una línea de trabajo y qué es indispensable resistirse a escuchar "el canto de las sirenas" similar que para él implicaba evitar la tendencia del investigador a alejarse del camino trazado para seguir vías colaterales de interés, surgidas durante su desarrollo, perdiendo el fruto de la labor ya realizada.

- Enseñó, con el ejemplo, el imperativo ético de reconocer la labor de los colaboradores al publicar los resultados y nunca ninguno de los que con él colaboró dejó de recoger el fruto de su trabajo.

- Él, un políglota que dominaba cinco idiomas y viajero consuetudinario, enseñó la ventaja de dominar idiomas, al menos los más vinculados con ciencias y lo estimulante y fermental de salir del país y entrar en contacto con otros investigadores, buscando superar el espíritu parroquial muy arraigado en la época.

- Enseñó que una investigación no está terminada si no culmina con la publicación de sus resultados y que investigar por la obligación o el placer de hacerlo sin que los resultados, al difundirlos, puedan ser de beneficio para la comunidad es (expresión no publicable). En este campo, enfatizó las ventajas de la publicación en revistas arbitradas, no sólo para asegurar una más amplia difusión de los resultados sino porque éstos son validados y valorizados al ser revisados por expertos calificados.

- Enseñó que los congresos sirven para lucimiento personal, cuando la contribución es relevante, pero que la presentación de trabajos en ese ámbito, si bien permite la difusión anticipada de resultados, no es un sustituto válido de la publicación formal. A su juicio el mayor mérito de la asistencia a congresos es el fermento que significa al contacto personal con otros investigadores en su misma área y ¿por qué no? de disciplinas totalmente alejadas ya que del comentario casual de alguien ajeno a la propia disciplina puede surgir una idea brillante.

Su ascendencia vasca y tal vez, conjuntamente, la influencia del origen británico de su esposa, hicieron que Hormaeche tuviera una obsesión casi enfermiza por la rectitud, la verdad y la justicia. Estas virtudes y su avasallante personalidad fueron el origen de antagonismos y enfrentamientos que ocasionalmente lo amargaron pero que nunca lo llevaron a apartarse de lo que consideraba la conducta mejor y más justa.

Otra de sus características personales más destacables era el placer por la confrontación de ideas. Más que tolerar o rechazar la discusión, la provocaba y no gustaba de tener en su entorno colaboradores que aceptaran sus puntos de vista sino aquellos que, discrepando, lo enfrentaran abiertamente. En lo personal aún retornan a mi memoria alguna de aquellas discusiones, con frecuencia encendidas y prolongadas en el tiempo, pero siempre terminadas en un amigable acuerdo.

Una anécdota es un ejemplo a la vez de su persistencia hacia un fin como del entorno que había creado. Al comienzo de los estudios sobre las salmonelas no se disponía de información completa sobre su composición, complicada por el fenómeno de variación de fases. Habiendo aislado inicialmente varias cepas, identificadas por sus caracteres fenotípicos, se nos planteó el problema de su identificación serológica y como disponíamos de una vieja colección de cepas de referencia y como guía el viejo esquema de composición antigénica de White, Hormaeche me encomendó la tarea de preparar en el conejo sueros aglutinantes para la identificación. Luego de varios meses en esa tarea preparando y probando sueros y comprobando que cuanto mayor era su número mayor era la confusión resultante, le expresé a Hormaeche que no estaba dispuesto a proseguir en esa tarea. Como buen vasco Hormaeche insistía en su continuación y fue luego de una semana de acalorada discusión que llegamos a un acuerdo: solicitamos a Kauffman, Director del Centro Internacional de Referencia para Salmonelas en el Statens Seruminstitut de Copenhague, el envío de una nueva colección bien identificada y se reinició con éxito la tarea, pudiendo clasificar correctamente las numerosas cepas aisladas hasta entonces.

Fuera de su grupo de trabajo era un contrincante temible, cualquiera fuera el tema en discusión, tanto por su erudición y memoria como sus características como

polemista: con calma nunca alterada, razonamiento siempre lógico y estilo incisivo, cuando no agudamente irónico, remachaba sus argumentos con estocadas de su cigarrillo al extremo de la infaltable boquilla.

Como ejemplo recordemos la polémica pública que mantuvo con Abelardo Saenz a propósito de la vacunación con BCG. Entre los años 1930 y 1933 Hormaeche había publicado los resultados de sus investigaciones sobre la virulencia del bacilo de Calmette y Guérin demostrando la posibilidad de que, en determinadas circunstancias, especialmente cuando se producían infecciones asociadas en el animal de experiencia, el BCG podía incrementar su virulencia dando lugar a infecciones generalizadas. Abelardo Saenz decidido defensor de la vacuna por su estrecha vinculación con el Instituto Pasteur, entabló una larga polémica que incluso involucró a los medios de difusión masiva. Sin duda que ambos, en su campo, tenían razón. Hormaeche defendiendo los resultados inobjetables de sus datos experimentales y Saenz defendiendo los resultados prácticos de la vacunación con BCG y las perspectivas para la salud pública de su empleo.

La alta jerarquía de la producción científica de Hormaeche, siempre pionera, dieron a Hormaeche renombre internacional. Fue el primero en demostrar la existencia de la brucelosis humana en el país al aislar de la sangre de un paciente *Brucella abortus*, pero estas investigaciones tuvieron consecuencias imprevistas. En aquella época no existían estudios sobre las infecciones de laboratorio ni las reglas actuales sobre bioseguridad, así como tampoco era conocida la posibilidad y frecuencia del pasaje de las brucelas a través de la piel, aparentemente sana y de los riesgos de la manipulación de animales infectados. Como consecuencia, Hormaeche adquirió la infección con *Br. suis* que lo llevó al borde de la muerte, no sólo porque se trataba de la especie de brucela más virulenta, sino por no existir entonces las posibilidades terapéuticas actuales.

Pero fueron los estudios sistemáticos sobre la etiología de las enteritis infantiles, una de las primeras causas entonces de mortalidad infantil, en los que Hormaeche fue pionero a nivel mundial, los que consolidaron su prestigio internacional.

Con gran visión sobre la forma más eficiente de encarar el tema, Hormaeche entró en contacto con los pediatras de la época y organizó un equipo multidisciplinario para su estudio. Éste fue integrado por pediatras del Hospital Pedro Visca, como Zerbino y Carrau, inicialmente, y Euclides Peluffo, Ramón Guerra y Marcos, después; los bacteriólogos, Surraco y Peluffo, Asistente y Ayudante respectivamente, de la Sección Bacteriología y un híbrido clínico/bacteriólogo, Aleppo, encargado de servir de nexo entre ambos sectores.

El equipo se integró igualmente con un complemento imprescindible para abordar la tarea emprendida: la mano de obra, constituida por las auxiliares de laboratorio. Fue primero la Q.F. Violeta Ricaud de Pereyra y, luego del traslado al nuevo local del Instituto, las hermanas Alciatti y Norma Bello. Ésta, la última sobreviviente del equipo, continuó en la Sección Bacteriología hasta su muy reciente jubilación.

Aquí dos anécdotas que contribuyen a revelar otras facetas de la personalidad de Hormaeche. La primera: como teníamos ya en la Sección Bacteriología una "Violeta" (Ricaud de Pereyra) propuso y fue aceptado por sus colaboradores, cambiarle el nombre a la siguiente auxiliar que ingresó, Amelia Alciatti, llamándola "Rosita". La segunda se refiere al nombre dado a un nuevo tipo de salmonela al que se le denominó "grumpensis". Al ser enviado a Kauffmann para su homologación, a éste le llamó la atención la denominación, ya que no correspondía con ninguna de las habituales, e inquirió sobre su origen. La contestación: el nombre derivaba del apodo ("grumpy" o gruñón en español) que Hormaeche daba al Prof. Sordelli, Director entonces del Instituto Bacteriológico Argentino y muy vinculado con nuestro grupo.

La publicación de los resultados derivados de esta línea de investigación, sobre enteritis infantiles y sus agentes, cuyo estudio se prolongó durante toda la vida científica tanto de Hormaeche como la de sus más estrechos colaboradores, tuvo amplia repercusión internacional. En primer término fue la demostración del papel del Género *Shigella* en su etiología, iniciada con la publicación, en 1934, del primer caso autóctono de disentería bacilar, así como la determinación de la participación relativa de este género en el proceso, sus características clínicas y las especies involucradas.

Pero fueron sin duda las contribuciones de la escuela uruguaya al conocimiento del papel de las salmonelas como agentes etiológicos de enteritis infantiles, tanto en lo que se refiere a patología infecciosa como al encare microbiológico puro, las más

originales y con mayor impacto internacional.

En el primer aspecto el conocimiento de la época atribuía a las salmonelas llamadas "de origen animal" importante participación en la producción de brotes de gastroenteritis alimentaria en el adulto y muy poco sobre su intervención en otros procesos. El aporte de la escuela uruguaya fue demostrar su participación en la etiología de las enteritis infantiles y, más importante aún, su capacidad para superar la barrera intestinal en los lactantes produciendo graves cuadros generalizados como septicemias y meningitis, con alta letalidad.

La demostración de que las salmonelas "de origen animal" eran capaces de producir en los lactantes estos procesos generalizados, similares a los causados en el adulto por las salmonelas adaptadas al hombre como *S. typhi* y los paratíficos, fueron los fundamentos de la que fuera bautizada posteriormente, a nivel internacional, como "Doctrina de Montevideo" en contraposición con la llamada "Doctrina de Kiel", aceptada entonces. Ésta sostenía que las salmonelas de origen animal sólo eran capaces de producir en el hombre procesos localizados en el intestino.

No sólo en los aspectos clínicos sino también en los microbiológicos la escuela uruguaya hizo aportes de nivel internacional. Hacia 1930 era muy precario el conocimiento de la compleja composición antigénica de las salmonelas así como de los métodos para la determinación de los numerosos tipos serológicos comprendidos en el género, determinación compleja debido al fenómeno de variación de fases de los antígenos flagelares, único ejemplo entonces de ese tipo de variación bacteriana. Con el apoyo del nuevo esquema antigénico llamado de Kauffmann y White fue posible identificar los tipos aislados de los procesos infecciosos infantiles, determinar su frecuencia y realizar estudios complementarios sobre la infección.

De estos derivaron otras contribuciones originales relativas a la epidemiología de la infección salmonelósica, demostrando el papel de las aves y el cerdo como reservorio de la infección y el probable papel de las moscas como vectores de la transmisión

Fue posible igualmente determinar la existencia en nuestro país de tipos nuevos no encontrados previamente en otros países, los que fueron nombrados, de acuerdo con la costumbre entre los especialistas, con nombres de lugares geográficos o personas. Es así que actualmente figuran en el "Esquema de composición antigénica de las salmonelas", que se utiliza universalmente, nombres de tipos serológicos como: *S. montevideo* (que luego se demostró que tenía distribución universal), *S. cerro*, *S. carraú*, *S. berta*, *S. grumpensis*, etc.

Es oportuno introducir aquí otra anécdota que contribuye a revelar la excepcional ubicación de la escuela uruguaya en el ámbito microbiológico latinoamericano. Luego de haber aislado y determinado el tipo serológico de un centenar de cepas de salmonelas, consideramos necesario tener la confirmación de nuestros resultados por parte de la autoridad internacional y las remitimos a Kauffmann. La respuesta se demoró durante un largo período pero finalmente llegó, confirmando la clasificación, con pequeñas diferencias. Algún tiempo después, en una entrevista personal, Kauffmann confesó la razón de la demora, expresando que, al recibir de un país latinoamericano docenas de cepas rotuladas salmonelas, en una época en que muy pocos conocían el tema, pensó que la mayoría serían bacterias banales, erróneamente clasificadas, y demoró su estudio hasta disponer de tiempo libre. Fue con gran sorpresa que comprobó la exactitud de los resultados.

El prestigio internacional adquirido por Hormaeche como consecuencia de sus trabajos llevó a que tuviera importante participación en organismos multinacionales así como a recibir numerosas distinciones del extranjero:

- Miembro del Comité de las Enterobacteriaceas de la International Association of Microbiological Societies (IAMS), 1939.
- Presidente de la IAMS en el período 1953/1959.
- Miembro del Comité Internacional de Taxonomía de la IAMS, 1939.
- Miembro Honorario de la Academia Nacional de Medicina del Perú, 1943.
- Miembro Corresponsal de la Sociedad Cubana de Médicos Laboratoristas Clínicos, 1946.
- Socio Honorario de la Asociación Mexicana de Gastroenterología, 1946.
- Miembro Correspondiente de la Sociedad Médica del Hospital General de México, 1946.
- Miembro Honorario de la Sociedad de Medicina y Cirugía de Paraguay, 1946.
- Miembro Correspondiente de la Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires,

1949.

- Miembro Corresponsal de la Sociedad Argentina de Microbiología, 1960.

Ocupó igualmente cargos de responsabilidad y recibió numerosas distinciones en nuestro país:

- Miembro del Consejo Directivo de la Facultad de Medicina, por tres períodos, 1933/45.
- Director Interino del Departamento de Higiene del Ministerio de Salud Pública, 1946.
- Presidente de la Comisión de Investigación Científica de la Universidad, 1958, hasta su fallecimiento.
- Receptor de dos Premios Soca de la Facultad de Medicina.

Esta breve descripción de la personalidad de Estenio Hormaeche y particularmente la relación de sus méritos y distinciones recibidas es y será siempre incompleta. Es que Hormaeche, así como alardeaba sin inhibiciones de lo que sabía y era capaz de realizar, relegaba a un segundo término todo lo que fueran oropeles. Basta mencionar que nunca redactó su propio Curriculum vitae y cuando tuvo que hacerlo, como requisito para ser designado miembro de la Academia de Medicina de Perú, tuvo que improvisarlo, recurriendo incluso a la memoria de sus colaboradores.

Uso indebido de una Cátedra
El Estudiante Libre, N° 189-90, febrero-mayo 1947 – EDITORIAL

Existe en el ambiente universitario y, por ende, en la Facultad de Medicina, un grupo de universitarios, la mayoría de ellos profesionales y profesores, que han visitado Estados Unidos o que admiran aquella nación en sus organizaciones e intentan llevarlas a la práctica en nuestro ambiente.

Existe, decíamos, un grupo de universitarios que son partidarios de:

- o la limitación del alumnado por trabas en su ingreso y a través de su plan de estudios y desarrollo;
- o de las matrículas pagas;
- o de que en el manejo, administración y planteo de problemas de dirección de organismos docentes el estudiantado tenga una ingerencia secundaria, o no tenga ingerencia;
- o de que, en fin, en la solución de cada asunto universitario, docente o de investigación que se plantee, se busquen soluciones idénticas a las que rigen las organizaciones de docencia e investigación americanas, que se hallan actualmente en pleno auge; y se trasplante eso, a cada caso nuestro, como la solución "sine qua non", o el desiderátum.

De ese ambiente, que existe en nuestra Facultad, forma parte el Prof. Hormaeche.

Frente a aquel sector, existe otro, cada vez más numeroso, que:

- o no es partidario de la limitación del alumnado, sino más bien de dar a todos las mismas posibilidades y permitir la selección natural que resulte del diferente aprovechamiento que de tales posibilidades se efectúe.
- o pugna por mantener las salientes características de nuestras organizaciones de enseñanza, que son ejemplares; tales como: la gratuidad de la enseñanza; el laicismo en la enseñanza; y el manejo de ésta, como un bien colectivo y no incorporado a una clase social determinada que en vista de que solventa las necesidades económicas de sus organismos docentes les exige como es lógico un tipo determinado y exclusivo de docencia, tal como sucede en las escuelas inglesas y americanas, ejemplo que, transplantado a nuestro ambiente vive en todos los organismos privados de enseñanza, religiosos o no, pagos todos ellos, y nefastos tanto desde el punto de vista docente como desde el punto de vista cultural y político-social.

De este sector que:

- o no limita el alumnado;
- o ofrece enseñanza laica y gratuita;
- o lucha contra la industrialización de la docencia que forja El hombre-máquina;
- o lucha contra los organismos privados de enseñanza paga y clasista;
- o que pugna en nuestra Facultad por todo eso y por darle a nuestra enseñanza el contenido y la orientación humanista legado por la cultura europea, que nos es básica, además del coeficiente técnico necesario para preparar hombres más cultos y capaces.

De este sector, forma parte la Asociación de los Estudiantes de Medicina.

He ahí el espíritu de los actores.

Se han encontrado a través de los años en diferentes escenarios: en convenciones médicas, en el Claustro, en controversias personales, en el Consejo de la Facultad; y, acercándonos al hecho que nos ocupa, en el Claustro de Medicina último, en que triunfante el sector humanista tratando de hacer eficaz en la práctica una enseñanza integral, aprueba un nuevo Plan de Estudios, crea un nuevo ambiente docente y administrativo que aseguren el éxito de ese nuevo Plan; y confía a su organismo directivo y a su plantel docente su andamiento y su manejo.

Trata el Consejo Directivo de la Facultad de llevar a la práctica el nuevo Plan; lucha toda la familia médica por obtener y obtiene un mayor provento económico para cumplir sus fines; quema lo mejor de sus esfuerzos en bien de la causa que el

Claustro le ha confiado, y llama reiteradamente a ultimar detalles de colaboración a los puntales de nuestra Casa de Estudios: sus profesores.

Comienza por la enseñanza de Ciencias Morfológicas: se lleva a la realización práctica; mejora, conservando aún defectos que se irán puliendo.

Luego la enseñanza de Ciencias Fisiológicas, donde ha hallado el Claustro un fiel intérprete y el Consejo Directivo un ala de colaboración leal, amplia, generosa y capaz.

Inicia la tercera etapa de realización, la más cruenta, porque marca la introducción del estudiantado en el campo ignorado y complejo de la Clínica, y en el manejo del preciado material que la sociedad le confiará en el futuro: el enfermo.

Y en esa tercera etapa, premonitoria de la enseñanza clínica, en el tercer año de nuestro Plan, se encuentra con aquel otro sector representado por algunos universitarios entre los que se halla el profesor Hormaeche, enemigo de la orientación general de nuestra enseñanza, así como del plan que se intenta llevar a cabo.

Disidente en la etapa de colaboración con el Consejo Directivo, y ahora, en el hecho concreto que planteamos *haciendo uso indebido y desleal para el Claustro de su Cátedra*, y abusando de su auditorio al que violenta haciendo oír opiniones que no están bien ubicadas ni autorizadas en una cátedra como la que él dicta, que es de Bacteriología; y de ningún modo, de crítica al plan vigente; que si el profesor cree conveniente efectuarla debiera hacerlo en otro ambiente, en el Claustro, por ejemplo, o en asambleas de profesores y estudiantes donde lo escucharíamos gustosos y en el mismo plano; o mismo en cátedra de debate libre; pero nunca como Profesor de Bacteriología, frente a un auditorio inhibido para contestarle.

Tales los antecedentes que nos llevan a hacer uso debido de esta tribuna pública nuestra, para señalar el incorrecto proceder del profesor Hormaeche.

¿Cuál fue el hecho? Pues los conceptos vertidos por el profesor en sus primeras clases del curso actual de Bacteriología:

- un paralelo deprimente para nuestra enseñanza, efectuado entre ésta y las "universidades" americanas y europeas;
- una incursión crítica en el nuevo Plan para demostrar lo incomprensible del tan mentado "médico práctico" que se pretende;
- sus conceptos sobre estudios y profesores pagos por los estudiantes;
- su recomendación de Topley y Wilson en inglés como su texto preferido.

Todo esto en momentos precisamente en que, la bien entendida colaboración docente y la disciplina del estudiantado y del profesorado en el cumplimiento del nuevo Plan debieran ser el corolario obligado a los ingentes sacrificios que al país le representa nuestro presupuesto, así como a los denodados esfuerzos que el Consejo Directivo efectúa para ponerse a tono con una realidad docente que nos deje bien plantados en el ambiente pedagógico.

En ese momento es que el Profesor de Bacteriología, a quien el Consejo avisó, invitó a colaborar, y tuvo que citar reiteradas veces a que efectuara la parte de colaboración que le era propia en nuestro Plan de tercer año; así, a regañadientes, con pesimismo, sin ayudar a vencer las dificultades y sólo limitándose a plantearlas, concedió unas pocas ocasiones de saber su opinión en el campo de realización de la enseñanza de su materia; envió un Programa de su materia que es kilométrico, detallista y excesivo para todos los que lo han revisado; no ha habido una sola persona, excepto el profesor Hormaeche, que en conocimiento de tal Programa para tercer año del nuevo Plan, no conceptuara que era excesivo, fuera de lo acordado, y manifiestamente divorciado del Claustro y enemigo del nuevo Plan.

En las discusiones que con el profesor Hormaeche se mantuvieron a ese propósito, nadie pudo conseguir que cediera un ápice en sus apreciaciones y en su criterio respecto a la extensión a dar a su materia, hubo de hacérsele el gusto, a pesar del Claustro, del Consejo Directivo, de las Subcomisiones del Consejo, del estudiantado.

Y decimos "el gusto", porque parece más un capricho que una posición racional la tesitura en que se colocó nuestro inteligente y criterioso profesor de Bacteriología.

Y bien, como período transaccional, como etapa provisoria y experimental en la implantación del nuevo Plan para tercer año, las fuerzas del Claustro y Consejo Directivo, que no acompañaban como es lógico tal tesitura profesoral, transaron y dieron al profesor Hormaeche amplia satisfacción a sus ideas.

Inicia éste sus clases y de inmediato no halla mejor manera de rubricar el triunfo

de su tosudez, que recalcar su posición y reiterar su criterio frente al nuevo Plan, al Consejo y al estudiantado.

El profesor Hormaeche que estudió con tanto celo la enseñanza de la Bacteriología, no habrá hallado en la historia de tales organizaciones ejemplo igual de indisciplina que el suyo frente a la autoridad docente; ni tan mal uso de una cátedra como el efectuado.